



SEMINARIO DE INVESTIGACIÓN DE
GÉNERO Y ESTUDIOS CULTURALES

El masoquismo ¿una enfermedad literaria?

Masochism: a literary illness?

Guillermo de Eugenio Pérez

Universidad Carlos III de Madrid

gui.deugenio@gmail.com

Fecha de recepción:
15/04/2014

Fecha de evaluación:
15/05/2014

Fecha de aceptación:
19/05/2014

Abstract:

The main idea of this paper resides in the conception of masochism as a cultural and literary phenomenon, since only in this way becomes possible to give an account of the complexity that characterizes it and their functioning as a form of subjectivation. The issue of masochism, from the viewpoint of its psychological use, consists in its blurred status as clinical term ¿is it descriptive or explicative? In the first case ¿what does it describes? Not only a behaviour or a reflex reaction to pain, since flagellation, as a purely physiological sexual stimulus is something different, called "algolagnia". Masochism constitutes a "disease" of imagination, since its main feature is to describe a fantasy, a literary scene. Sacher-Masoch's novel *Venus im Furs* became a referent for European masochists by exhibiting a voluptuousness linked to a paraphernalia of furs, dogs, horses, knives and heels. These fantasies were not created, but re-appropriated by him; they were already present in the testimonies of the psychiatrist Krafft-Ebing's patients, in his work *Psychopathia Sexualis*. Havelock Ellis, Krafft-Ebing, Féré, Freud and Sabine Spielrein developed the idea of sadomasochism as double-sided explicative device, among others. Departing precisely from Sacher-Masoch's novel, the French philosopher Gilles Deleuze offered an interpretation of masochism as the opposite of sadism. Masochism was therefore incompatible with sadism, and not its complementary form. If the analysis of literary language highlights that the order of sadist literature is that of the institutionalization of abuse, the language of masochism is marked by the sign of the contract and the agreement.

Keywords: masochism; literature; disease; sexuality; perversion; Sacher-Masoch; Krafft-Ebing.

Resumen:

La idea fundamental de este artículo consiste en concebir el masoquismo como fenómeno cultural y literario, ya que sólo de ese modo puede darse cuenta de su complejidad y de su funcionamiento como forma de subjetivación. El problema del masoquismo, desde el punto de vista de su uso en psicología, es su estatus aparentemente borroso. En tanto que término clínico plantea una duda: ¿es descriptivo o explicativo? En el primer caso, ¿qué describe? No una conducta o una reacción refleja al dolor, ya que la flagelación como estímulo sexual puramente fisiológico es algo distinto, la "algolagnia." El masoquismo constituye una "enfermedad" de la imaginación, lo que describe el término es una fantasía, un escenario literario. Leopold von Sacher-Masoch, en su novela *La Venus de las pieles* (1870), se convierte en el referente para todos los masoquistas europeos al exhibir la voluptuosidad de las pieles, los perros y los caballos, el cuchillo o los tacones. Esas fantasías no las crea él, pero las populariza, permite que otros se reconozcan en ellas, como resulta evidente por los testimonios de los corresponsales del psiquiatra Krafft-Ebing en su obra *Psychopathia sexualis*. El sadomasoquismo como doble mecanismo explicativo, "dos caras de una misma moneda" fue desarrollado por Havelock Ellis, Krafft-Ebing, Feré, Freud o Sabine Spielrein. El pensamiento francés de los años 60-70, y en particular Gilles Deleuze en su estudio sobre Masoch, *Lo frío y lo cruel*, lleva a cabo una reinterpretación del masoquismo en tanto que opuesto al sadismo, incompatible con él y no su forma complementaria. Lo hará precisamente a partir de la obra de Sacher-Masoch. Si el análisis del lenguaje pone de manifiesto que el orden de la literatura sadiana es el de la institucionalización del maltrato, el del masoquismo es el contrato, el acuerdo.

Palabras clave: masoquismo; literatura; enfermedad; sexualidad; perversión; Sacher-Masoch; Krafft-Ebing.

1. Enfermedad y literatura

« Le masochisme est un sujet qui a fait couler plus d'encre que de sang... »
(Mongiat, 2009:15)

El 18 de noviembre de 2013 apareció en el periódico *The Guardian* una noticia banal aunque no carente de interés: en los ejemplares del *best-seller Cincuenta sombras de Grey* de una biblioteca belga se encontraron restos de cocaína y del virus del herpes. Este suceso anecdótico nos da una idea de la estrecha relación de proximidad y de contagio que anuda los cuerpos, el sexo y esos objetos culturales tan especiales que son los libros. También podemos comprender de manera intuitiva que existe una relación más que casual entre la literatura y el sexo, desde la invención de esos libros que, según Jean-Jacques Rousseau, "se leen con una sola mano" (Goulemot, 1991): los libros eróticos. El objetivo de

este artículo es rescatar esa conexión del terreno de lo intuitivo y ofrecer un breve panorama del viaje que comparten los cuerpos y los libros a través de las avenidas del sexo, en concreto de esa fantasía sexual recurrente de la cultura occidental donde se dan cita la humillación voluntaria y el placer erótico: el masoquismo. Los libros de E.L. James han sido definidos como pornografía sadomasoquista *soft* para amas de casa, pero esto no elimina su valor cultural, ya que precisamente su carácter *mainstream* o popular nos habla de su gran diseminación: esas amas de casa, que seguramente no leen a Masoch, serán conquistadas por una versión apta para el consumo de masas del imaginario masoquista. Por ello la imagen de ese libro anónimo de una biblioteca, que va de mano en mano portando sobre sí los estigmas de la enfermedad sexual y de la droga, parece quizás la figura más adecuada para introducir la cuestión.¹

Desde un punto de vista metodológico, este estudio denota la influencia de algunas líneas de investigación literarias, filosóficas e históricas relativamente recientes. Entre ellas tiene un lugar protagonista el trabajo de Anita Phillips *Una defensa del masoquismo* (1998) y su atenta observación de los motivos masoquistas en la literatura de la historia de Occidente, así como la seductora mirada de Camille Paglia y sus *Sexual Personae* (2006). Desde el punto de vista filosófico, además de la innegable deuda con el pensamiento de Gilles Deleuze (2008) y Michel Foucault (2006), me gustaría mencionar la labor de otros historiadores de la cultura y la ciencia como Paolo Savoia (2010), Arnold I. Davidson (2004) o Ian Hacking (1986), que se han interesado por el discurso médico y de las ciencias sociales sobre la sexualidad y la identidad como formas de "hacer sujetos". Debemos mencionar también la importancia de la labor de Juan Rigoli (2000) al poner en conexión el discurso psiquiátrico con los usos retóricos y la literatura del siglo XIX.

La estructura del artículo consiste en tres partes: una primera en la que haremos un bosquejo general del problema y presentaremos las hipótesis a contrastar, una segunda dedicada a la emergencia del imaginario masoquista en su relación con la experiencia de los sujetos, y una tercera, dedicada a la transformación de las teorías sobre el masoquismo que conducirán a la superación de la mayor parte de los presupuestos psicoanalíticos a través de la aportación de Gilles Deleuze. Anunciamos ya que este artículo no se propone exactamente responder a la pregunta tal y como la formulamos inicialmente, puesto que no es su objetivo el desvelar las fuentes del deseo como un universal antropológico, sino establecer las condiciones de posibilidad de un tal discurso, de una tal pregunta sobre el sexo, la crueldad y los sujetos. A fin de cuentas, como sostiene Michel Mongiat (2009: 14), hay tantos tipos de masoquismo como masoquistas: se trata de un fenómeno polimorfo. La reflexión que proponemos aborda la tarea de reformular la pregunta ¿es el masoquismo una enfermedad literaria? de modo que se adapte mejor a su objeto. Pero que el lector no se sienta defraudado en sus expectativas por ello, ya que una adecuada consideración del problema no puede eludir la reflexión filosófica, el rodeo

¹ <http://www.theguardian.com/books/2013/nov/18/fifty-shades-of-grey-viral-library-herpes>

epistemológico que nos obliga a cuestionarnos la adecuación de la pregunta formulada al objeto. Al explicitar la problemática que opera en el trasfondo del tema tratado, pero sin despegarnos del contexto histórico y cultural, la dimensión filosófica opera aquí como un tercer nivel donde se articulan las esferas de la literatura y las ciencias psi-. Me resisto aquí a hablar de discursos "fccionales y no fccionales", ya que, como dijo Stephen Marcus (2009: 3), tanto la ciencia decimonónica de la sexualidad como la pornografía comparten un carácter fantástico o ficcional, por cuanto ambas funcionan mediante la reproducción de imaginarios y discursos tradicionales que refuerzan los estereotipos culturales, y no por ser formas de conocimiento abiertas a descubrimientos inéditos y probablemente perturbadores². Hay, pues, una ficción médica y una ficción literaria cuya relación intrínseca con su referente, el perverso (que es también un lector privilegiado como pocos), nos remite a un origen común. Al trazar este panorama sintético hemos querido reubicar el horizonte de este curioso fenómeno, el masoquismo, bajo una nueva luz, una perspectiva histórica que de cuenta de continuidades y discontinuidades en el desarrollo de esta tematización médico-literaria de las relaciones entre sexo y poder a través de la figura del masoquista. Pensar el masoquismo exclusivamente desde las categorías de la psiquiatría decimonónica sería desatender el aspecto más revelador (Noyes, 1997: 8).

El recorrido que se propone en este artículo consiste en una reflexión a caballo entre las ciencias psi-, la literatura y el arte. Desde una perspectiva afín a los estudios literarios y culturales, nos hemos preguntado por la relación genealógica entre la práctica sexual conocida como masoquismo y los productos culturales que la acompañan desde su surgimiento en el siglo XIX. "Acompañar" es quizás una palabra demasiado suave, ya que la tesis que pretendemos defender es que esa relación no es accesoria, sino estructural y estructurante. Es decir, que el relato literario, la ficcionalización, lejos de constituir un aditivo o un complemento estético, es una condición a la vez necesaria y suficiente para la realización fantasmática del deseo masoquista. Por otro lado, los discursos legitimados por su carácter científico para producir sujetos son también expresión de un poder, el poder de mostrar. El poder de mostrar es el que produce los monstruos, igual que la obsesión del psiquiatra por definir las formas apropiadas e inapropiadas de la agresión hace aparecer al perverso como una especie nueva de la enfermedad mental. Las ciencias sociales con su metodología "crean" a las personas (Hacking, 1986). El discurso de las autoridades configura la realidad, distribuye el *partage du sensible* (Rancière, 2000), de ahí la estrecha relación entre estética y política. El orden del discurso (Foucault, 1987) participa de la constitución de la realidad como condición de posibilidad, medio y elemento transformador o dinamizador del deseo. El mismo siglo que asistió a la aparición del masoquis-

² Sobre el uso de metáforas y literatura en la ciencia, véase James Bono "Science, Discourse, and Literature: The Role/Rule of Metaphor in Science" *Literature and science: Theory and practice*, 59-89. *Literature and science: Theory and practice*, 59-89.

mo³, produjo como respuesta este nuevo objeto de conocimiento llamado *perversiones* que hasta entonces habían escapado al interés de la ciencia médica, debido a que su regulación correspondía a las competencias de la teología (bajo la rúbrica del pecado) y la justicia penal (en tanto que sodomía, bestialismo, etc). El perverso, antes de la "apropiación médica de las perversiones" (Lantéri Laura, 2012), nos dirá Michel Foucault (2006:45), era un relapso, un pecador reincidente; ahora será una nueva especie, un animal esclavo de su propio deseo anormal. Así surge la distinción entre el vicioso y el degenerado, el pervertido y el perverso, el libertino voluntario y contumaz o el monstruo que responde al llamado de una naturaleza que se equivoca de objetivo.

¿Cuál sería, entonces, la relación entre erotismo y literatura en el caso del masoquismo? Comencemos con algunas consideraciones de tipo general. Partimos de la base de que ninguna representación es menos "real" que las conductas a que refiere, ya que las representaciones, los relatos, las novelas son "el laboratorio de las emociones" (Ricoeur, 1996:109). La literatura erótica es también, no menos que otras formas literarias, etopoyética, configuradora de identidades. En el siglo XVIII surge el mercado editorial de los libros pornográficos, especialmente en Francia e Inglaterra, y pese al esfuerzo constante de moralistas y confesores en preservar a los jóvenes del pernicioso influjo que representaba su lectura, llegará a convertirse en una pequeña industria en el siglo siguiente. Desde su origen, el libertino y el librepensador se han dado cita en el mismo personaje (Didier Foucault, 2007: 7) La filosofía, el pensamiento libre, es pornográfico: produce placer, es prohibido, deseado, peligroso. En el tránsito de la Ilustración al positivismo decimonónico, el discurso científico aliado con los poderes policiales y judiciales se erige en productor de anomalías. El libertino deja de ser un sujeto libre y autónomo para aparecer subyugado por un instinto natural del que no puede escapar. En *Justine o los infortunios de la virtud*, las escenas pornográficas y las etapas del peregrinaje de su desdichada protagonista a través de los círculos del infierno concebido por Sade son interrumpidas, o más bien glosadas, por los discursos demostrativos imbuidos de filosofía materialista de sus captores. El héroe sadiano mancilla tanto con sus actos como con su lengua, tratando de quebrar la fe y la virtud de su víctima, no sólo a través del cuerpo, sino también subyugando su voluntad con hábiles sofismas, desarrollando toda una pedagogía del tocador. El arte, desde Novalis y Hölderlin hasta Poe y Artaud va a constituir el último reducto en que la locura y la perversión podrán refugiarse bajo el manto de la ficción y ser valorados de forma positiva, aunque solo sea por consideraciones estéticas o estilísticas. Pedagogía, pues, de la depravación, y pedagogía de la filo-

³ Para no caer en el anacronismo evitaremos hacer una identificación *in toto* entre el masoquismo decimonónico y las prácticas anteriores que puedan presentar similitudes, como los raptos místicos y la experiencia de los mártires. Igual podría decirse que, aunque la atracción sexual entre hombres siempre ha existido, la homosexualidad como categoría de la identidad y de las técnicas de clasificación "científicas" es propiamente una invención del siglo XIX. Para una investigación histórica de prácticas sexuales vinculadas al dolor desde el Renacimiento, véase G.F. Falk y S. Weinberg (1983).

sofía, que hizo que la expresión *philosophes* sirviera para designar no sólo a los pensadores ilustrados del momento sino también, y principalmente, a los seductores y agitadores sociales.

La hipótesis de partida de este artículo es la siguiente: el masoquismo no es un término que haga referencia sólo a un tipo de conducta, sino que fundamentalmente se caracteriza por remitir a un conjunto de fantasías que se nutren en gran parte del universo literario. La literatura funciona como catalizador de las fantasías masoquistas casi desde el primer momento, y es el referente que citan una y otra vez los masoquistas. Esto, por supuesto, podría decirse de toda fantasía sexual, pero en el masoquismo la cuestión es más acuciante, debido a la necesidad de deslindar el problema del estímulo lesivo como desencadenante de la excitación fisiológica, por un lado, y la construcción romántica del amante subyugado por una *dominatrix*, una *belle dame sans merci*, o su equivalente masculino en el caso del masoquismo mal llamado "femenino".⁴ La construcción literaria de la experiencia transformada en narrativa es estructural y estructurante para el deseo del masoquista. Con esto quiero decir que no sólo se encuentra en el andamiaje conceptual y de la propia experiencia, sino que además es una fuerza activa a la hora de construirlo. Ambos, la fantasía y la realidad, el relato y la práctica, configuran el fenómeno del masoquismo decimonónico. En su caso, el producto literario no aparece como un añadido, sino que es fundamental en la alquimia que transformará el dolor en deseo. Pero, ¿es realmente el dolor lo que se convierte en deseo... o es otra cosa?

Habría que comenzar, como dice Krafft-Ebing en su *Psicopathia sexualis*, por distinguir el masoquismo psicológico de la *algolagnia* o placer-en-el-dolor (Schrenck-Notzing, 1892), y la práctica de la flagelación, conocida también como "el vicio inglés" y encarnada en la figura del poeta británico Swinburne (Gibson, 1980: 135-140; Praz, 1999: 769-801). Existen textos médicos muy antiguos sobre la fustigación como recurso para la disfunción eréctil, como el tratado sobre la flagelación de J. H. Meibom, *Sobre el uso del látigo en los asuntos de Venus o Tractatus de usu flagellorum...* (ca. 1629-39), en los que no nos detendremos por considerar que forman parte de la historia de un fenómeno distinto del masoquismo, tal y como aparece en el siglo XIX. De manera similar, el uso de la flagelación como único medio para alcanzar la erección aparece a menudo en la literatura, como en el famoso episodio del señor Barville en *Fanny Hill* (2001:171-181). También el vínculo entre masoquismo y algolagnia deberá ser abordado en otro momento y lugar.

El deseo de humillación del masoquista denota, como sostendrá Theodor Reik (1963:83) una forma de rebeldía paradójica. Aunque obedezca, el esclavo sumiso ordena también, le dicta a su maltratador las pa-

⁴ Dejo para la próxima ocasión la tarea de escribir un artículo sobre la cuestión del género, la distribución de roles sexuales y la crítica feminista a la construcción patriarcal del masoquismo, que me parece muy necesaria y de gran actualidad. Un punto de partida para este proyecto podría ser la última película de Roman Polanski, *La venus de las pieles*, 2013; así como el estudio de Elaine Showalter en (1990) *Sexual Anarchy: Gender and Culture at the Fin de Siècle*.

labras que debe usar, decide los gestos, la vestimenta y los objetos que deben acompañar el ritual, y lo sanciona todo mediante un contrato. Los elementos del atrezzo (la fusta, las botas, los bozales y arneses, el cuchillo, las pieles y las cadenas) son parte de un entorno artefactual cuya función es la de evocar el verdadero escenario, que tiene lugar en el terreno de la imaginación. En realidad, el masoquista usa los textos eróticos, con sus descripciones de escenas, diálogos y gestos como material para futuras fantasías, en un horizonte de realización incierto pero excitante. En el masoquismo lo importante no es tanto el dolor o el efecto reflejo de los golpes sobre el sistema nervioso que induce una respuesta sexual, sino la humillación en tanto que esta se presenta aureolada por la resistencia heroica y el amor abnegado. Estos elementos son típicos de la construcción literaria romántica, como vemos en el cuento rimado de Charles Perrault, *Grisélidis*:

Con su muda constancia inalterable
escuchó la Princesa su sentencia;
mas, bajo la apariencia
de un rostro imperturbable,
en silencio su pena devoraba
y, sin que tal quebranto
menguase lo más mínimo su encanto,
de sus ojos bellísimos manaba
copioso y tierno llanto,
de la misma manera
que a veces, al llegar la Primavera,
alumbra el sol y llueve mientras tanto!

(Perrault, 1991: 55)

Una y otra vez, los sujetos cuyos documentos son fielmente⁵ transcritos por psiquiatras como Krafft-Ebing o Iwan Bloch, mencionan estas lecturas, a veces infantiles y otras veces más adultas o pornográficas. La propia forma de escribir de estos sujetos, por no hablar de la de los alienistas que los describen, resultan marcadamente "literarias" desde un punto de vista estilístico. Indagar sobre la relación entre el masoquismo y la literatura es preguntarse sobre la inserción del deseo en los intersticios de un cierto contexto cultural. Las prácticas y los imaginarios vinculados al sexo están sobredeterminados culturalmente, por ello los discursos objetivadores de la ciencia siempre tratan de reintegrarlos en una matriz biológica que pretende dar cuenta de la naturaleza humana. Esto es una paradoja de la metafísica materialista. Havelock Ellis (1927), tras definir minuciosamente el masoquismo y el sadismo en función de sus fuentes literarias, las deshecha por poco científicas, y por tanto como expresión de una subjetividad que desborda los esfuerzos de la ciencia por traducirla a índices objetivos y explicativos.

⁵ Al menos, estos autores hacen gran énfasis en testimoniar el espíritu de veracidad con que transcriben cartas y otros documentos autobiográficos de sus pacientes.



Fig.1.

El contexto histórico y cultural del romanticismo tardío, caracterizado por el Decadentismo y el Simbolismo, resulta imprescindible para alcanzar una adecuada comprensión del fenómeno. La escritura y la pintura son caldo de cultivo para las emociones románticas y para la construcción

del erotismo *fin-de-siècle*: pintores como Félicien Rops, Gustave Moreau y Gustav Klimt, entre otros, modelaron la figura de la *femme fatale* como elemento necesario de una masculinidad sometida a la servidumbre. La *Salomé* de Oscar Wilde es otro ejemplo de este *pathos*, del que resulta sintomático el descontento del autor con las ilustraciones que Audrey Beardsley creó específicamente para su edición por considerarlas demasiado obscenas, demasiado ridículas y risibles para las alturas trágicas de esta producción literaria. Wilde era un romántico ferviente, a pesar de toda la ironía de obras como *La importancia de llamarse Ernesto* o *El abanico de Lady Windimere*. El *pathos* del masoquismo debe ser trágico, no cómico. Beardsley, en cambio, actúa como un diablillo burlón al transportar la sublime y desgarradora escena bíblica al campo visual de la pornografía satírica (Fig. 1.).

Entre las obras cumbre del masoquismo literario, la primera que debemos mencionar es la *Anactoria* de Swinburne, donde se vincula el deseo lésbico con un amor romántico dañino y ardiente que comienza así:

Mi vida se amarga con tu amor; tus ojos
me ciegan, tus cabellos me queman,
tus agudos suspiros desgarran mi carne
y mi espíritu se fortalece y abunda en mis venas.
Te ruego que no suspires, no hables, no respires.
Deja que se queme la vida, soñar no es la muerte.
Querría que nos hubiese escondido el mar.
Qué fuego ¿temerás este y no mi deseo? ⁶

Estos versos parecen evocar en su sentimiento aquellos otros de Lucrecio en el *De Rerum Natura* donde se describe el amor casi como una forma de canibalismo:

... en el mismo momento del logro, en inseguros rodeos fluctúa el ardor de los que se aman, y no se sabe de qué disfrutar con ojos y manos primero (lo que buscan aprietan estrecho y dolor se causan en sus cuerpos; clavan a veces los dientes en los labios y entrechocan besos), por no ser puro su goce y porque quedan debajo agujijones que al herir les empujan aquello de donde sea que las semillas de furia les broten [...] todo es en vano y nada puede raspase de aquello, ni penetrar ni perderse con todo el cuerpo en el cuerpo: y es que tal cosa parece que quieren y que ésta es su lucha; con tantas ansias quedan sujetos en esas trampas de Venus, hasta que, lacios por culpa del goce, se les ablandan los miembros.

(Lucrecio, 2010: 233-234.)

⁶ My life is bitter with my love; thine eyes/Blind my, thy tresses burn me, thy sharp sights/
Divide my flesh and spirit with soft sound,/ And my blood strenghtens, and my veins
abound./I pray thee sigh not, speak not, draw not breath;/ Let life burn down, and dream it
is not death. /I would the sea had hidden us, the fire / (Wilt thou fear that, and fear not my
desire?).

La inspiración del masoquismo decimonónico es el amor cortés medieval (pensemos en la primera parte del *Roman de la Rose*) e incluso la mística, aunque preferimos no abordar aquí ese posible (aunque muy discutible y discutido) paralelismo. Este ideal caballeresco conservará su fascinación y volverá a ejercerla con fuerza idealizadora en el siglo XIX. Quizás el referente contemporáneo más importante de todos sea *La venus de las pieles* de Leopold von Sacher-Masoch, de la que hablaremos más adelante. También el terreno de las imágenes encontramos una larga tradición iconográfica que, desde el medievo hasta la actualidad, representa una y otra vez, con un afán obsesivo por la repetición que es característico del masoquismo, la misma imagen: la prostituta Phillis cabalga sobre los lomos de un atribulado Aristóteles (Fig. 2.) Compárese ahora esta imagen con una postal del Moulin Rouge hallada entre los documentos clínicos del psiquiatra Krafft-Ebing (Fig.3.). Se trata más de una similitud casual. Siguiendo la tesis deleuziana podríamos decir que la repetición (de motivos, gestos, discursos) es la matriz productora de toda diferencia.



Fig.2.



Fig. 3.

Hasta aquí la cuestión de las continuidades en el tema del maltrato de los hombres a manos de las mujeres en contextos eróticos. Pero el masoquismo va a marcar una fuerte novedad, una discontinuidad histórica con respecto a las formas de experimentar el sexo y la lectura, en su relación recíproca. Así pues, un análisis del masoquismo que no atendiera a la cuestión de la relación entre la literatura y la vida, uno que sólo se vinculara a la interpenetración entre dos tipos de formas textuales como la novela y el tratado psiquiátrico, fallaría inevitablemente, al faltarle una parte fundamental, un tercer punto de apoyo.

2. Vita Sexualis: cuando la perversión imita al arte.

A partir de 1870 surgen de la mano la sexualidad y la perversión como hijos de una psiquiatría bastante joven y que aún recibe el nombre de alienismo. Antes del término *sexualidad* los psiquiatras hablaban de la *Vita Sexualis* de los sujetos, expresión muy utilizada por aquel entonces, que da una idea de la importancia del elemento narrativo: el sujeto se define ya en términos de relato de una experiencia sexual singularizada. La historia de la literatura erótica y pornográfica en tanto que historia cultural se revela como una herramienta valiosa para reconstruir, siquiera fragmentariamente, la historia de las perversiones como producto de dispositivos de ficcionalización. La relación entre los textos literarios y los textos médicos durante el siglo XIX es profunda tanto al nivel de los contenidos como al nivel discursivo de las estrategias retóricas, como ha demostrado Juan Rigoli en su prolijo estudio *Lire le délire*. Los médicos leen lo que escriben poetas y novelistas, los escritores ahondan en su conocimiento de la psiquiatría, y los pacientes leen un poco de todo, como demuestran sus testimonios. Testimonios que a su vez se encuentran a menudo en tratados médicos, recogidos bajo la forma de estudios de caso, transcripciones de cartas, entrevistas, etc. La obra de Krafft-Ebing, *Psychopathia Sexualis*, y sus sucesivas ediciones y traducciones, resulta particularmente interesante, ya que incluye historias de casos relatadas en primera persona por los corresponsales del médico. Será imitado en su forma de concebir el tratado psiquiátrico por otros, como Iwan Bloch (1902), quien le da a la cuestión un enfoque antropológico muy interesante. Estos textos nos permiten reconstruir la historia, no sólo del discurso médico, sino de las experiencias de los sujetos, con sus apropiaciones, resistencias y divergencias respecto al saber normalizador. Súbita y misteriosamente, esta forma de documentar la clínica se agota alrededor de 1910 sin que sepamos muy bien por qué. A partir de esta *clôture de la clinique* (Lantéri Laura, 2010: 100), los testimonios dejan de fluir dentro de los escritos médicos sobre la enfermedad mental tan profusamente como hasta entonces y la figura del paciente retrocede ante la fuerza taxonómica del conocimiento que lo atrapa en sus redes.

Muy a menudo estos corresponsales, esos pacientes citan las obras de literatura que han encontrado y les han impresionado poderosamente. A fin de ilustrar esta interpretación haré referencia a uno de los casos citados por Krafft-Ebing siguiendo la octava edición de esta titánica obra que es la *Psychopathia Sexualis*. La Observación nº 44 presenta ob-

vios paralelismos con otros textos similares, y puede por ello ser tomado como representativo. En este relato autobiográfico vemos cómo el paciente entra en contacto con la verdad íntima de su vida sexual a través de los libros:

Buscaba por todos lados lecturas en relación con las ideas por las que sentía mayor predilección. Las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau, que me llegaron a mis manos entonces, fueron para mí una gran revelación. En ellas encontré la descripción de un estado que, en los puntos principales, se asemejaba al mío. Y me entusiasmó todavía más al encontrar ideas que armonizaban con las mías cuando conocí las obras de Sacher-Masoch. Devoraba estos libros con avidez.

(Krafft-Ebing, 1895:125)⁷

Naturalmente, no queremos decir con esto que toda la etiología del masoquismo resida en la lectura de obras masoquistas. Evidentemente, no todo el que lea la *Venus de las pieles* se convertirá en masoquista, y a la inversa, para ser masoquista no es necesario conocer la obra. El masoquista es producto de un complejo proceso de domesticación secular, pero también es un individuo entre muchos, y en ello reside su particularidad. Ha sido tocado por una forma peculiar de deseo que parece invertir la lógica de las relaciones de poder junto con la economía sexual. El perverso es siempre y ante todo, singularizado por su deseo de manera absoluta, pero a la vez participa, a través de este deseo, de una pulsión antropológica común a toda la especie. Su naturaleza es a la vez exclusiva (desviada) y universal (normal). De ahí la importancia de la pornografía como dispositivo de subjetivación, como productor de identidades. El masoquista pertenece a una comunidad oculta y selecta, pero que se expande con rapidez. Es un transgresor de la norma, pero lo es por un exceso de celo al someterse a las sujeciones de la civilización.

En estas autobiografías de los perversos, la fantasía existe previamente a la lectura de la obra. De esta manera, la obra funciona como *catalizador* de la fantasía y activa un modo especial de reconocimiento. Mediante la lectura de estas obras el o la masoquista reconocen que no están solos, que pertenecen a una *comunidad oculta* que se nutre de la literatura. De modo similar, los homosexuales de Proust en *Sodoma y Gomorra* aprenden a reconocerse entre sí por sutiles giros del lenguaje, dobles sentidos, alusiones y gestos que nadie más puede o quiere captar. Más

⁷ A falta de una edición completa y exhaustiva en español de la *Psychopathia Sexualis*, me he servido para esta traducción en parte de la edición francesa y en parte a las traducciones al español que puede encontrarse en la siguiente página web, dedicada a la obra del célebre psiquiatra alemán (<http://psychopathiasexualis.enelfilo.com/krafft-ebing/>). Las páginas citadas corresponden a la edición francesa de 1895, que a su vez es una traducción de la octava edición alemana de la obra. Uno de los estudios más interesantes sobre este autor aparecidos recientemente es el libro de Harry Oosterhuis (2000), *Stepchildren of Nature: Krafft-Ebing, Psychiatry, and the Making of Sexual Identity*.

adelante, este *reconocimiento* se produce también mediante el contacto con prostitutas, entrenadas en los gustos masoquistas, dentro del entorno de los burdeles. Este darse en un espacio social y ser objeto de un tipo de reconocimiento particular es lo que constituye al masoquismo como práctica. Hay en estas "vidas sexuales" un proceso de descubrimiento por experimentación y de revelación a través de la lectura.

Una de mis preocupaciones constantes era saber si las extrañas ideas que me dominan desde el punto de vista sexual se encuentran en otros hombres también, y, desde las primeras informaciones que me llegaron por casualidad, he llevado a cabo numerosas investigaciones en este sentido. Es cierto que las observaciones sobre esta cuestión son difíciles de hacer y siempre resultan inciertas, dado que se trata de un proceso íntimo de la esfera de las representaciones. Admito la existencia del masoquismo ahí donde se hallan actos perversos en las relaciones sexuales, actos que no puedo explicar sino por esta idea dominante. Creo que esta anomalía está muy extendida.

(Krafft-Ebing, 1895:129).

La vida sexual del masoquista, tal y como aparece en estos testimonios, alterna fases de latencia de un instinto "innato"⁸ con fases de reconocimiento o revelación, en un proceso de investigación incesante. La fantasía se fija a través de la estructura repetitiva de la acción, de su doble fantasmático y de la presencia de ciertos objetos: cuchillo, navaja, tacones, abrigos de pieles, etc., que configuran el *atrezzo*. La minuciosa descripción de los gestos, los objetos y la importancia del lenguaje es lo que constituye al masoquismo como una técnica *de sí* destinada a alcanzar un objetivo, que nunca es el dolor *per se*. En otro de los casos citados por Krafft-Ebing, el mero uso del tuteo en una interacción social produce la excitación del perverso, igual que si fuera un cachete. El masoquismo aparece así como una práctica de sí que exige altas cotas de *control* vinculadas al *placer*. Uno de los pacientes decide investigar a sus semejantes en París, Viena y Berlín:

Toda una serie de prostitutas de Berlin, de París, de Viena y de otras partes me han informado sobre esta cuestión, y he sabido de esta manera hasta qué punto son numerosos mis compañeros de dolor. Siempre tuve la precaución de no contar historias sobre mí mismo ni de preguntarles si tal o tal otra cosa les había sucedido de verdad, pero les escuchaba cuando me contaban cosas de su experiencia personal.

(Krafft-Ebing, 1895: 129)

⁸ Parece que la fijación traumática vinculada a un evento de la temprana infancia no es importante en muchos casos de masoquismo, y en todo caso no puede individualizársela como causa necesaria o suficiente.

Pero es a través de la literatura como la situación subjetiva alcanza un grado de reconocimiento que permite integrarla en el marco de una experiencia colectiva, una comunidad, aunque ésta permanezca oculta. Es necesario repetir una vez más que lo importante del masoquismo no está en el acto en sí sino en el poder de idealización romántico de la figura femenina, y en el oscuro placer de ser humillado como un esclavo, como un animal puesto a merced de un amo, o una *dominatrix* perversa. El disparador del deseo sexual se encuentra suspendido entre el atrezzo y las cualidades subjetivas de la actuación, contenido en su dimensión fantasmática, que hace imposible la culminación total y perfecta de este placer tan cruel:

Finalmente un día, superando mis escrúpulos iniciales y deseando ver hechos realidad mis sueños, me dejé flagelar y pisar por una prostituta. Fue para mí una gran decepción. Resultaba, para mis sentimientos, brutal, repugnante y ridículo a la vez. Los golpes no me producían más que dolor, y los otros detalles de esta situación, vergüenza y repugnancia. A pesar de ello obtuve por medios mecánicos una eyaculación al mismo tiempo que, con ayuda de mi imaginación, *transformaba la situación real en aquella que yo había soñado.*

(Krafft-Ebing, 1895: 127).

Tanto en el joven protagonista de las *Memorias de una máscara* de Yukio Mishima que se masturba por primera vez contemplando en un libro la imagen del San Sebastián de Guido Reni, como en la experiencia de los lectores de *La cabaña del tío Tom*, que hacían lo propio al leer las escenas de maltrato racial, podemos afirmar que la influencia de los productos culturales y su estética en la vida sexual de los miembros de una cultura es innegable. Krafft-Ebing y el propio Freud dan testimonio de esta práctica vinculada al mismo libro; esta dimensión erótica de la novela, que ahora puede chocarnos, configuró una forma de recepción en absoluto infrecuente en los lectores contemporáneos de la novela de H.B Stowe. Otra referencia obligada en este tópico es la escena de infancia evocada por Rousseau en el primer libro de sus *Confesiones*, en que recibe unos azotes de mano de Mme. Lambercier que marcarán sus preferencias eróticas durante el resto de su vida (Rousseau, 2008: 42-44). Los imaginarios sociales de la esclavitud, el martirio y la animalidad que se ponen de manifiesto en los ejemplos recién citados son fundamentales para el masoquismo. Ambos representan formas regresivas desde el punto de vista del desarrollo personal, cultural, histórico o de la especie (es decir, tanto ontogenética como filogenéticamente). El masoquista se revela contra el mundo adulto, civilizado, humanizado mostrándose demasiado sumiso, tanto que su sumisión empieza a contar como una forma de resistencia tenaz y desafiante.

Sin duda el "fundador" de este fenómeno, el que le da el nombre, es Sacher-Masoch. Caso curioso el de Sade y Masoch, cuyos nombres

quedarán para siempre unidos a los de enfermedades. Aquí se invierte también la mecánica del nombrar: las enfermedades no llevan el nombre del científico que las descubre, sino del escritor que les da forma. El protagonismo del autor, en tanto que enfermo ilustre, constituye una huella, un indicio de la inmensa distancia que hay entre estas enfermedades del instinto genésico y la "verdadera" locura. En su obra *La Venus de las Pielles* aparecen ya algunos de los elementos fundamentales del masoquismo que encontramos en las historias de casos psicológicos. En primer lugar, las pieles, la caza, los perros, caballos, etc.; símbolos que se juegan en la contraposición entre géneros, la inversión de roles mediante la metáfora del trasfondo salvaje y primitivo que retorna en el propio seno de la civilización, la mujer cruel y el animal domesticado cuyo rol es asumido por el hombre servil. El hombre (Severin), sea perro o caballo, es sometido por la mujer (Wanda), que asume la forma de un felino gigantesco y terrorífico. El proceso de doma es el dispositivo por el que se realiza la sublimación los instintos salvajes a través de la cultura. Así pues, el masoquismo es una de las vías de escape a través de las cuales se manifiesta ese "malestar de la cultura" del que habló Freud: el *superyó* sádico castiga al *yo* masoquista, mientras el *ello* ronda entre bambalinas. El segundo elemento característico de la obra de Masoch es la sumisión del protagonista a una *belle dame sans merci* (según la expresión acuñada por Keats) convertida en un modelo negativo de idealización de la *mujer*. Ya desde la escena inicial de la *Venus de las Pielles*, Wanda se presenta como una diosa pagana, Afrodita, pero al mismo tiempo como Galatea, que fue el producto de la voluntad del artista-soberano en el mito de Pigmalión. Así, la finalidad de esta historia no es contribuir a la emancipación de la mujer, más bien todo lo contrario, sino permitir al hombre crear un objeto de deseo a su medida, y al mismo tiempo convertirse en objeto de tan dolorosas caricias, "feminizándose" en el peor sentido de la palabra. Excuso decir que esta concepción de lo femenino es radicalmente misógina. Refuerzo, sin duda, de las estructuras de asimetría en las relaciones de poder y los estereotipos del género propias del patriarcado, pero también apertura de un horizonte vital y sexual en que otras formas de vida sean posibles. El último elemento, casi el más importante en esta exposición, es el que trataremos a continuación: el contrato.

3. Del maltrato al contrato

El señor Leopold von Sacher-Masoch se compromete mediante su palabra de honor a ser el esclavo de la señora von Pistor y a obedecer incondicionalmente cada uno de sus deseos y órdenes por la duración de seis meses.

La señora Fanny von Pistor, por su parte, no exigirá de él nada deshonoroso que pueda privarlo de su dignidad como hombre y ciudadano. Además, deberá concederle seis horas al día para sus ocupaciones personales y no leerá jamás sus cartas ni otros escritos suyos. El ama (Fanny Pistor) podrá castigar cualquier culpa, omisión o delito de lesa majestad de su esclavo (Leo-

pold von Sacher-Masoch) a su absoluta discreción. Resumiendo, el súbdito Gregor deberá someterse servilmente a su ama, acoger cada uno de sus signos de benevolencia como un exquisito acto de gracia, no manifestará pretensiones de ningún tipo sobre su amor, ni derechos como a título de amante. Fanny Pistor, por su parte, se compromete a vestir pieles lo más a menudo posible, particularmente cuando sea cruel. Transcurridos seis meses, ambas partes deberán considerar este período de esclavitud como si nunca hubiera sucedido, y no hacer ninguna alusión seria sobre el asunto. Deberán olvidar todo lo que ha sucedido y volver a su relación amorosa precedente...

(Schlichtegroll, 1906: 24)

Este es el contrato privado que firmó el autor de la *Venus de las pieles* con su amante, Fanny von Pistor, *alter ego* de Wanda: la princesa eslava de las pieles. Como sucede a menudo, la historia real imita a la ficción, de forma incompleta, pero sin dejar de aspirar a su culminación. Puede que el sexo sea a menudo algo aburrido, repetitivo y con escaso interés visto desde fuera; pero la persistencia de la literatura para catexizar los cuerpos y su función como catalizador de los elementos configuradores de la identidad contemporánea nos obligan a volver una y otra vez sobre ella. A partir del sexo como materia bruta, la cultura produce la sexualidad como forma de objetivación científica, medicalización normalizadora, y el erotismo como forma suprema de la subjetividad, que es su manifestación literaria. En el caso de la sexualidad masoquista, además, el interés se ve reforzado por la oportunidad que nos ofrece de analizar nuestras propias actitudes frente a eso que ha dado en llamarse, de manera harto vaga, la "naturaleza humana", y que ha dado lugar al campo de la antropología filosófica. El masoquismo es, por muchos motivos, un antihumanismo que mina los gestos fundamentales de la civilización a fuerza de remedarlos. La fuerza paródica y compulsiva del relato masoquista expone la raíz de las relaciones entre poder y erotismo.

En la historia de la teorización del sadismo y el masoquismo, sea éste moral o sexual, podemos identificar al menos tres niveles de análisis, tres formas de comprender el masoquismo bajo las rúbricas de i) la perversión, ii) lo universal y iii) lo cultural, que a menudo se confunden y hacen muy difícil tratar el tema con el debido rigor. La hipóstasis universalista, antropológica y biologicista es así la primera trampa que se nos ofrece tentadoramente al abordar el estudio de esta "perversión". Este problema está muy presente en los primeros esfuerzos psiquiátricos por acotar la materia: Havelock Ellis y, tras él, Freud y Sabine Spielrein, cedieron a la tentación de explicar la naturaleza humana mediante un doble impulso sado-masoquista, Eros y Thánatos. Freud trata de manera específica el problema del masoquismo en tres textos: *Un niño es golpeado* (1919), *Más allá del principio de placer* (1920), y *El problema económico del masoquismo* (1924). Freud explica la psicogénesis de este trastorno como efecto de una culpabilidad reprimida de origen incestuoso, el instinto sádi-

co del *Ego* que se vuelve contra sí mismo en la forma de reflexividad y expiación. La idea de un instinto de muerte, que Freud toma de Sabine Spielrein (1994), al igual que la preponderancia de casos femeninos, rara en el estudio del masoquismo, nos remite a los instintos de Eros y Thánatos, indisolublemente vinculados entre sí, que explican todo el mecanismo de la economía libidinal freudiana. Pero Freud quizás está tan interesado en explicar por qué hay instintos que van "más allá del principio de placer," que no presta suficiente atención a las pistas que proporciona la literatura, a pesar de haber usado en otras ocasiones como referentes motivos literarios (la *Gradiva*), obras de arte (el Moisés de Miguel Ángel) e incluso testimonios oníricos (el sueño de Leonardo). Es precisamente por esta orientación "literaria" claramente reconocible en muchos de los escritos de Freud, que nos sorprende la escasa representación de lo literario en la formulación psicoanalítica del masoquismo.

En 1967, Gilles Deleuze escribe una breve introducción a la obra de Sacher-Masoch titulada *Lo frío y lo cruel* (2008), que constituye una de las grandes aportaciones al tema del masoquismo desde el terreno de la filosofía. Esta interpretación prepara en gran medida la muerte del padre-Freud que constituirá el *Anti-Edipo*. En la lectura deleuziana, la figura dominante no es originalmente el padre, sino la madre, que de acogedora y cálida se vuelve "fría y cruel." El masoquista no sustituye al padre por la madre, como sostenía Freud, a fin de dar al complejo de Edipo un lugar etiológico central. En las fantasías del masoquista, las personas son intercambiables, es cierto, pero sería un error interpretar a la "mujer masculina" del ideal venéreo masoquista como un sucedáneo de la figura masculina. En su lugar encontramos el "ideal malo" de mujer, la *femme fatale* que constituye el doble negativo de la mujer angélica de la literatura y la pintura decimonónica; pensemos, por ejemplo, en las pinturas prerrafaelitas de Dante Gabriel Rossetti o Millais⁹.

Sádico y masoquista no son figuras complementarias, sino incompatibles, dirá Deleuze. Esto no sólo es debido a la divergencia de expectativas de cada uno con respecto a la actividad del otro, sino a que uno no encaja en el escenario del otro: los marcos de sus relatos respectivos no coinciden. Si el masoquismo es una actividad fundada en lo literario y lo teatral, entonces los dos relatos, las dos representaciones se anulan mutuamente. Si Roland Barthes (2010: 38) había acertado identificando el sadismo con el sistema total en el lenguaje (un orden férreo de los ritmos, las actividades, las partes y las funciones siempre creciente, geométrico, y similar por ello a la vida en el falansterio fourierista), Deleuze lo identificará con la Institución, y con todo lo que en ella hay de arbitrario y tiránico. Es el reino del sometimiento a la fuerza megalomaniaca del yo. También Blanchot (1967) y Klossowski (1967) se obsesionan con el universo sadiano como núcleo generador de un sentido propio, la creación de una institución ficcional, transgresión y utopía del placer unidimensional. Es sin duda un acierto que Pasolini, en su adaptación de la obra de Sade Sa-

⁹ A este respecto, convendría mencionar el estudio ya clásico de Bram Dijkstra, (1986): *Idols of Perversity: Fantasies of Feminine Evil in Fin-de-siècle Culture*.

ló y las 120 jornadas (1975), ambientase los sucesos en una mansión aislada en la Italia fascista. El espacio vacío necesario para que aparezca un orden nuevo se construye, capa a capa, bajo el imperativo de una voluntad de dominio. Esta voluntad ordenadora se vuelca en forma de normas de conducta, en los relatos de las narradoras que salpican las orgías, permitiendo que los nobles disolutos recuperen sus fuerzas, pero también en los vestidos, las comidas, la arquitectura y todos los dispositivos totalizadores destinados a facilitar la de-sublimación represiva del sexo. Frente a esta construcción totalizante, el masoquismo se nos muestra no como complementario, sino como doble negativo, inverso, surgido de una necesidad de individualización en que la víctima es la que impone sus reglas y ejerce el control de la escena.

Un conjunto de autores del pensamiento francés, algunos de los cuales acabamos de mencionar, van a recuperar a Sade entre los años sesenta y los setenta. El sentido de esta nueva moda que resucitará al divino marqués dentro escenario intelectual de la segunda mitad del siglo xx es producir un giro en el planteamiento básico del problema del mal y el yo: pensar el mal desde la propia entraña, no rechazarlo ni convertirlo en algo exterior al sujeto. Tampoco se trata de decir que la "naturaleza humana" es fundamentalmente perversa, sino de explorar los rincones más oscuros de lo humano para comprender el estrecho vínculo que une barbarie y civilización. Sin embargo, hasta Deleuze no se había prestado atención a Sacher-Masoch como uno de los grandes revolucionarios de la cultura en el terreno filosófico. Frente a la institución sadiana, Deleuze proponía la forma del contrato, de la sumisión voluntaria, como modelo del masoquismo. Sumisión ambigua, rebelde, provocadora, cuya función potencial no es la de preservar el orden existente y acrecentarlo, sino operar transformaciones en el tejido de lo ético y lo imaginario. Estas transformaciones no van a producirse *ex nihilo*, sino precisamente a partir de la repetición, de acuerdo con el esquema de la metafísica deleuziana, tal y como se explicitará en *Repetición y Diferencia*. El contrato garantiza el mecanismo iterativo pactado por el masoquismo. Cada paso del suplicio masoquista está pactado, es renegociable. Hoy en día las prácticas BDSM proponen, en su carácter de juego para adultos, una práctica basada en este carácter contractual entre dos participantes que consienten. En la historia biográfica de Masoch es el momento de la firma del contrato con Fanny von Pistor al que hemos hecho alusión lo que refleja esta necesidad obsesiva que tiene la víctima de ejercer un control absoluto sobre cada pequeño detalle del suplicio ritual.

La importancia de la repetición se pone de manifiesto al articular los aspectos iterativos del relato y la relación mimética entre el relato y la realidad, el "eterno retorno de lo similar" (de ahí las importantes resonancias que tendrán Lacan y Nietzsche respecto de este problema) que produce un placer muy particular. En *Sade, prójimo mío* (1967), Klossowski sostiene que el elemento del dolor sólo adquiere valor a través de la relación con formas de repetición que condicionan su uso. No puede, por tanto, haber transgresión en el acto carnal si éste no es vivido como un acontecimiento espiritual. Deleuze recogerá el comentario de Klossowski y

añadirá a su vez que en la repetición de la fantasía a través del relato, el acto masoquista es des-sexualizado y re-sexualizado. El dolor no tiene por tanto un valor sexual, sino que representa al contrario la des-sexualización que convierte en autónoma a la repetición. En el sadismo y el masoquismo no hay, como han querido los psicólogos, un misterioso vínculo entre el dolor y el placer: su misterio se encuentra en la repetición, en el juego del control y el dominio, del que el dolor no es más que un efecto. Dicho de otro modo la diferencia específica del masoquismo surge de la repetición de un mismo esquema narrativo bastante simple sometido a una infinidad de variantes. No se trata de una reacción refleja pasiva, sino por el contrario de la inmersión en un universo ficcional propio que, a través de la literatura, las cartas, las pinturas, etc., puede volverse interpersonal.

En cuanto a las relaciones de poder, el masoquismo resulta ambivalente, puesto que las invierte. En tanto que práctica de carácter teatral, dramático, la interpretación del rol del castigador o de la *dominatrix* está supeditada a la elección que hace la víctima. Es el maltratado quien elige, o al menos negocia los gestos, los ritmos y las palabras de orden para que la experiencia se adecúe lo más posible a sus expectativas. En realidad, en la mayor parte de los casos, el masoquista activo (nos resistimos a llamarlo sádico por las razones que ya hemos presentado) es en realidad quien obedece, y las escena del maltrato, cuando está respaldada por un guión o contrato previamente establecido, es un momento de ventriloquia. El masoquista se sirve de la voz del otro, de la figura de la mujer cruel, para objetivarse, para convertirse en cosa abyecta, pero también en el centro del universo a través de la mirada de su Venus.

En este artículo hemos hecho referencia a aquéllos discursos que definen al ser humano por el vínculo indisoluble entre placer y dolor, destrucción y reproducción, pero desde una perspectiva crítica. Así, hemos presentado dos extremos de la interpretación del masoquismo: en uno está Freud y su interés por el maltrato infantil, en el otro Deleuze y su análisis de la obra de Sacher-Masoch, del que hemos destacado el lugar relevante desde el punto de vista explicativo que ocupa el contrato. Para uno, el masoquismo es una perversión, una forma desviada de la sexualidad. Para el otro, se trata de erotismo, de una forma de literatura cuya temática gira en torno a las fantasías sexuales más que del acto sexual propiamente dicho. La metafísica subyacente a la lectura freudiana deja a un lado, nos parece, aquello que constituye su mayor interés, es decir, la importancia del contexto cultural que sí estaba presente en el análisis de Krafft-Ebing, y no hace honor al influjo literario en la fantasía masoquista. El erotismo masoquista no tiene que ver con un vínculo misterioso entre dolor y placer, como quería Havelock Ellis, ni tampoco existe ninguna síntesis posible entre sadismo y masoquismo como formas de sexualidad. El imaginario masoquista es una forma de subjetivación en que el protagonista se transforma a sí mismo mediante la abyección, idealiza a su compañera, la convierte en su otro ideal, la erige en una deidad cruel y lujuriosa, y transforma de hecho todo su entorno para convertirlo en una novela romántica desbocada. El sexo masoquista aparece así como una práctica

más relacionada con ejercicios ficcionales, como leer un libro o ver una película, que con los deberes maritales de propagación de la especie. De hecho la sexualidad como disciplina científica aparece cuando hay que deslindar el sexo reproductivo (la "pareja malthusiana" de que hablaba Foucault), de ese ejército de perversos que no son exactamente locos, sino desviados. Sin embargo, en este análisis permaneceremos siempre situados en el tercer nivel: el nivel del erotismo que subyace a los discursos médicos sobre la perversión. En este sentido, toda experiencia es experiencia cultural. Ya que la distinción entre naturaleza y cultura ha producido más errores que ventajas cognitivas, podemos decir, junto con Bruno Latour y Donna Haraway, que todos somos híbridos. El masoquista es entonces un ciborg muy especial, uno capaz de convertir, no el dolor en placer, sino la ficción en realidad.

4. Conclusiones

Podríamos decir que, si bien Freud acierta al identificar el masoquismo como un regreso de lo reprimido, de lo primitivo, es innegable que la forma que toma este regreso resulta modelada por las formas culturales de la literatura y el arte. En el caso del masoquismo, al contrario que en el de la mera flagelomanía, el relato es más importante que la fusta. El enfoque fundamental que hemos querido defender este artículo consiste en concebir el masoquismo como fenómeno cultural y literario, ya que sólo de ese modo puede darse cuenta contextualmente de la complejidad que lo anima y su funcionamiento como forma de subjetivación. En el caso del masoquismo "ideal" (por oposición a la excitación refleja provocada por la flagelación) la imaginación y, por extensión, la literatura como soporte, son elementos más relevantes a la hora de explicar el fenómeno que el dolor.

Finalmente, podemos responder a la pregunta que planteábamos en el título de este artículo (¿es el masoquismo una enfermedad literaria?) replanteándola, disgregándola en dos, porque es una interrogación compuesta. ¿Es una enfermedad? Siguiendo una línea de pensamiento propuesta por Foucault y continuada por A. I. Davidson (2004: 57), habría que dejar de plantear la existencia misma de las perversiones y, en su lugar, preguntarse por su génesis y su relación con las dinámicas de poder a través del saber, de los discursos y las prácticas que dan lugar a una forma de conocimiento. Así pues, deberíamos preguntarnos si es funcional y no si es "fea," inapropiada o si constituye una forma degenerada de experiencia. Porque, desde la *Investigación sobre lo sublime* de Burke hasta los *Tres ensayos sobre teoría sexual* de Freud, sabemos que esta es una cuestión de afinidades electivas. En cuanto a su carácter literario, podemos afirmar rotundamente que el masoquismo es y fue un fenómeno fundamentalmente literario. Es más, el masoquismo tal y como lo conocemos no existiría si no hubiera sido configurado desde su origen por los relatos. Por ello nos parece una propuesta metodológicamente interesante, que mencionamos aquí como inspiración para futuras investigaciones, el producir una lectura crítica del discurso psiquiátrico de la sexualidad desde el erotismo en la literatura, y no al contrario, como sería lo habitual.

Referencias bibliográficas

- ANÓNIMO "Fifty Shades of Grey goes viral – literally." The Guardian, Monday 18 November 2013: <http://www.theguardian.com/books/2013/nov/18/fifty-shades-of-grey-viral-library-herpes>. Fecha de consulta: 08/04/2014.
- BARTHES, Roland. *Sade, Fourier, Loyola*. Madrid: Cátedra, 2010.
- BLANCHOT, Maurice. *Sade y Lautrémont*. Ediciones del Mediodía, 1967.
- BLOCH, Iwan. *Beiträge zur Aetiologie der Psychopathia sexualis*. Vol. 1. HR Dohrn, 1902.
- CERNUDA, Alejandro. *Anactoria, Swinburne, Safo. Un poema al desamor*. Noviembre, 13, 2013: <http://acernuda.com/2013/11/anactoria-swinburne-safo-un-poema-al-desamor.html>. Fecha de consulta: 01/10/2014.
- CLELAND, John. *Fanny Hill*. Tusquets, 2001.
- DAVIDSON, Arnold Ira. *The emergence of sexuality: Historical epistemology and the formation of concepts*. Harvard University Press, 2004.
- DELEUZE, Gilles. *Presentación de Sacher-Masoch: lo frío y lo cruel*. Buenos Aires; Madrid : Amorrortu, 2008.
- SCHRENCK-NOTZING & Dr Albert Ph Fr. *Die Suggestions-Therapie bei krankhaften Erscheinungen des Geschlechtssinnes, mit besonderer Berücksichtigung der conträren Sexualempfindung, von Dr. A. Freiherrn von Schrenck-Notzing,...* F. Enke, 1892.
- ELLIS, Havelock. "Love and Pain." In *Studies on the Psychology of Sex*, vol. 3. Philadelphia: F.A. Davis, 1927.
- FOUCAULT, Michel. *Historia de la sexualidad*, vol.1. Méjico: Siglo XXI, 2006.
— "El orden del discurso." Barcelona: Tusquets, 1987.
- FOUCAULT, Didier. *Histoire du Libertinage*. Paris: Perrin, 2007.
- FREUD, Sigmund. *Obras completas*, vol. 7. Biblioteca nueva, 1997.
— *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Madrid: Alianza, 2009.
- GIBSON, Ian. *El vicio inglés*. Barcelona: Planeta, 1980.
- GOULEMOT, Jean Marie. *Ces livres qu'on ne lit que d'une main: lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIIIe siècle*. Alinéa, 1991.
- HACKING, Ian. "Making up people." *Reconstructing individualism: Autonomy, individuality, and the self in Western thought* (1986): 222-36.
- HARAWAY, Donna. "A manifesto for cyborgs: Science, technology, and socialist feminism in the 1980s." *Feminism/postmodernism* (1990): 190-233.
- KLOSSOWSKI, Pierre. *Sade mon prochain*. Vol. 472. Éditions du Seuil, 1967.
- KRAFFT-EBING, Richard von. *Psychopathia sexualis: mit besonderer Berücksichtigung der conträren Sexualempfindung: eine klinisch-forensische Studie*. Stuttgart. Elibron, 2005.
Traducido en Francés por Émile LAURENT & Sigismond CSAPO. *Étude médico-légale: Psychopathia sexualis: avec recherches spéciales sur l'inversion sexuelle*. Paris: Georges Carré, 1895.
"Psychopathia Sexualis": <http://psychopathiasexualis.enefilo.com/krafft-ebing/>. Fecha de consulta: 01/10/2014.
- LANTERI-LAURA, Georges & ZAFIROPOULOS, Markos. *Lecture des perversions: histoire de leur appropriation médicale*. Economica-Anthropos, 2012.
- LATOUR, Bruno. *Nunca fuimos modernos*. Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2007.

- LUCRECIO. *De rerum natura*. Madrid: Gredos, 2010.
- MARCUS, Stephen. *The Other Victorians: A Study of Sexuality and Pornography in Mid-nineteenth Century England*. New Brunswick; New Jersey : Transaction Publishers, 2009.
- MONGIAT, Michel. *Le masochisme sexuel*. Paris: L'Harmattan, 2009.
- NOYES, John K. *The Mastery of Submission: Inventions of Masochism*. Cornell University Press, 1997.
- PAGLIA, Camille. *Sexual Personae: arte y decadencia desde Nefertiti hasta Emily Dickinson*. Madrid: Valdemar, 2006.
- PERRAULT, Charles. *Cuentos de antaño*. Madrid: Anaya, 1991.
- PHILLIPS, Anita. *Una defensa del masoquismo*. Barcelona: Alba, 1998.
- PRAZ, Mario. *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*. Barcelona: El Acantilado, 1999.
- RANCIERE, Jacques. *Le partage du sensible: esthétique et politique*. La fabrique éditions, 2000.
- REIK, Theodor. *El masoquismo en el hombre moderno*. Buenos Aires: Sur, 1963.
- RICOEUR, Paul. *Sí mismo como otro*. Méjico: Siglo XXI, 1996.
- RIGOLI, Juan. *Lire le délire. Aliénisme, rhétorique et littérature en France au 19e siècle*. Paris: Fayard, 2000.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques. *Las Confesiones*. Madrid: Alianza, 2008.
- SACHER-MASOCH, Leopold von. *La venus de las pieles*. Barcelona: Fapa, 2000.
- SAVOIA, Paolo. "Sexual science and self-narrative: epistemology and narrative technologies of the self between Krafft-Ebing and Freud," *History of Human Sciences*, 23 (2010): 17-91.
- SCHLICHTEGROLL & Carl FELIX. *Wanda ohne Mask und Pelz*. Leipzig, 1906.
- SPIELREIN, Sabina. "Destruction as the cause of coming into being." *Journal of analytical psychology*, 39.2 (1994): 155-186.